

Cuarto Domingo de Adviento B2023

Esta noche estaremos celebrando la fiesta de Navidad. Todo lo que hemos hecho espiritualmente estas últimas semanas tiene como objetivo prepararnos para este gran evento de nuestra fe. La fiesta de Navidad es el cumplimiento del plan de salvación de Dios para nuestro mundo y nuestras vidas. El plan de salvación de Dios consiste en su profundo deseo de construir con nosotros una comunidad de vida a través de su hijo Jesús, que se ha hecho uno de nosotros.

El plan de salvación de Dios sólo lo conocía él desde toda la eternidad y estaba oculto para todos los demás. La revelación de este plan explica el papel que Dios asignó a los profetas y la razón por la que los envió a su pueblo, Israel. A David que quería construir una casa para Dios, el profeta Natán le dijo: “No serás tú quien edifique una casa para Dios, sino que Dios mismo te construirá una casa estable, sólida y eterna”.

El profeta no se refería aquí a un edificio material hecho de ladrillos, sino a la familia y la posteridad. Dios, a través de la palabra de su profeta, estaba prometiendo a David que un hijo suyo lo sucedería, su dinastía reinaría para siempre y el trono de Israel pertenecería siempre a su familia. El cumplimiento de esa profecía fue mucho más allá de lo que David jamás pudo imaginar e incluso de lo que Natán pretendía.

Mientras Natán y David pensaban en un Reino terrenal, Dios le daría a David un descendiente que realmente reinaría para siempre: Jesucristo, el hijo de María. Vemos aquí cómo los planes de Dios van más allá de las expectativas humanas. También nosotros en tiempos de penurias y dificultades, muy a menudo pedimos a Dios apoyo y ayuda para que todos nuestros deseos y planes se cumplan.

Aunque él responde a nuestras oraciones, a veces su respuesta va mucho más allá de nuestras expectativas. Él no siempre considera que nuestros planes y sueños son los mejores para nosotros. Sustituye el nuestro por su propio plan y nos pide que confiemos en él. Entonces, Israel esperaba un rey fuerte y poderoso; Dios les envió un niño pobre e indefenso. ¡Ésas son las sorpresas de Dios! Bienaventurados los que, como María, los acogen y aceptan.

El evangelio de hoy trata sobre cómo el plan de salvación de Dios llegó a realizarse en la persona de Jesucristo como el Mesías prometido y en la vida de María como la que dijo sí a Dios. Al elegir a María como madre de su hijo, Dios asocia al ser humano a su plan de salvación. Así como eligió en el pasado a muchos profetas y personajes famosos para cumplir diversas misiones en su nombre por el bien de su pueblo, así Dios elige a una mujer para traer a su hijo al mundo.

En este domingo celebramos la humildad de Dios que desposa nuestra humanidad, pero también la humildad de María que le dice sí en nombre nuestro. Mientras meditamos sobre la misión dada a María y su respuesta gratuita, nos preguntamos sobre nuestra misión particular que el Señor nos ha encomendado para aquellos que están bajo nuestro cuidado. ¿Cómo lo realizamos, cada uno de nosotros según su vocación de padre, madre, abuelo, abuela, hermano, hermana?

Al decidir enviar a su Hijo al mundo, Dios se implica en la historia de la humanidad; establece una Nueva Alianza entre Él y los seres humanos. El “sí” de María abre la puerta a la encarnación de Jesús en el mundo. En su humildad y modestia, María permite que Dios se convierta en uno de nosotros. Por su obediencia, el reino de Dios se hace realidad en el mundo y la humanidad es admitida en la presencia celestial de Dios por la eternidad. Sin este recordatorio habría mil maneras de celebrar la Navidad, pero María nos muestra la correcta: sólo acogiendo libremente a quien viene en nuestros corazones sellamos la Nueva Alianza con Dios.

¿Cómo cumplió María la misión recibida de Dios? El evangelio de hoy dice que al oír el saludo del ángel, María quedó perpleja y se preguntaba cómo realizaría tal misión. Pero el ángel Gabriel la tranquilizó: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. En ese momento María reconoció la fragilidad del ser humano y la grandeza de Dios que hace posible lo imposible.

Como María, también nosotros nos sentimos a veces pobres e indignos de estar en presencia de Dios. Cuando miramos nuestras vidas, encontramos tantos pecados, tantas actitudes equivocadas y malos hábitos que tenemos miedo de enfrentarnos a Dios. No nos desanimemos ni perdamos la esperanza de nuestra salvación. Lo que Dios quiere no es que nos quedemos en esas cosas, sino que cambiemos. Nunca olvidemos que Dios suele preferir comenzar su obra donde hay pobreza, miseria y suciedad. Cuando las personas reconocen su quebrantamiento y quieren cambiar, comienza la obra de salvación.

Permítanme terminar recordando la respuesta de María: “Yo soy la esclava del Señor. Cúmplase en mí lo que me has dicho”. Aquí tenemos una gran lección de generosidad, disponibilidad y obediencia desinteresada al plan de Dios. Dios nos llama, como María, a una misión particular en la vida. Cuando hacemos nuestro mejor esfuerzo para responder a su llamado, damos evidencia de su presencia en el mundo.

Dios nos llama a ser generosos en la misión que nos ha encomendado a cada uno de nosotros. Dios nos llama a hacer más que construir una casa para su presencia, como lo requería David. Pero, como María, nos llama a ser casa de su presencia. Nos llama a irradiar su realidad a un mundo que busca y anhela un salvador. Repitamos esta pequeña oración en el silencio de nuestro corazón: “Oh ven, oh ven, Emmanuel. Ven y danos la fuerza y el coraje para irradiar tu presencia a un mundo que espera”.

2 Samuel 7: 1-5, 8b-12, 14^a, 16; Romanos 16: 25-27; Lucas 1: 26-38



Fecha de la Homilía: el 24 de Diciembre, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20231224homilia.pdf